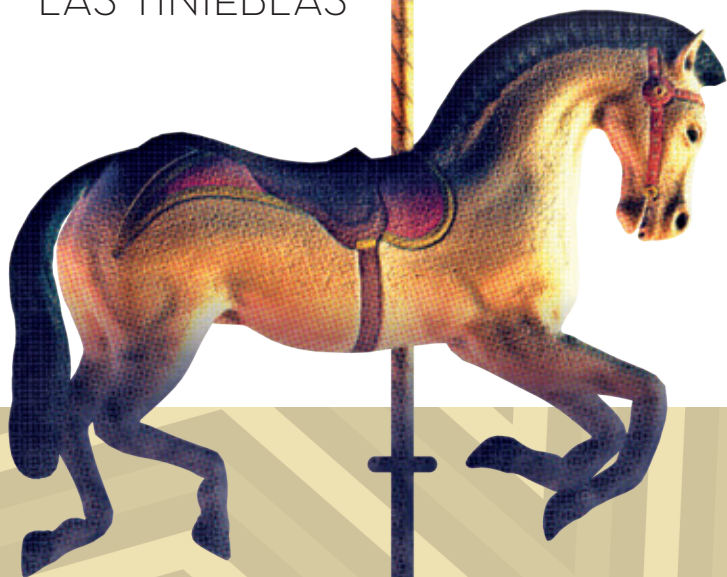


minotauro

RAY BRADBURY

LA FERIA DE
LAS TINIEBLAS



RAY BRADBURY

LA FERIA DE LAS TINIEBLAS

minotauro

Título original:
Something Wicked this Way Comes

© 1962, renewed 1990 by Ray Bradbury

© Traducción de Joaquín Valdivieso

© Editorial Planeta, S. A., 1962
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0745-7
Depósito legal: B. 21.862-2019

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

El vendedor de pararrayos llegó poco antes de la tormenta. Vino por una calle de Green Town, Illinois, en ese nublado día de finales de octubre, echando miradas furtivas por encima del hombro. En alguna parte, no muy lejos, unos vastos relámpagos golpeaban la tierra. En alguna parte, la tormenta era ya evidente: una bestia enorme de dientes horribles.

El vendedor caminó arrastrando la pesada maleta de cuero, donde resonaban y se sacudían unos complicados rompecabezas de quincalla que la lengua conjuraba de puerta en puerta, hasta que al fin llegó a un rectángulo de césped que parecía mal cortado.

No, no el césped. El vendedor alzó los ojos: dos muchachitos allá en la cima del terraplén, tirados sobre el césped. Iguales en tamaño y en figura, los niños tallaban unos silbatos de caña y hablaban de los tiempos pasados y de los tiempos futuros, contentos de haber dejado huellas dactilares en todos los objetos móviles de Green Town durante el verano pasado, y huellas de pies en todos los caminos que corrían de allí al lago y del lago al río, desde el comienzo de las clases.

–Hola, muchachos –llamó el hombre, vestido con ropas de color de tormenta–. ¿Está la familia en casa?

Los niños sacudieron la cabeza.

–Y vosotros, ¿tenéis dinero?

Los niños sacudieron la cabeza.

–Bueno...

El vendedor caminó un metro, se detuvo y encorvó los hombros. De pronto creyó sentir que las ventanas de las casas o el cielo frío le clavaban los ojos en el cuello. Se volvió lentamente, husmeando el aire. El viento sacudía los árboles desnudos. La luz del sol pasaba a través de una pequeña hendedura en las nubes y acunaba en oro las últimas hojas de los robles. Pero el sol se desvaneció, las monedas de oro se gastaron, sopló un viento gris. El vendedor ambulante se sacudió, estremeciéndose, y subió lentamente por el césped.

–Muchacho –dijo–, ¿cómo te llamas?

Y el primer niño, de pelo rubio blanco como un cardo de leche, cerró un ojo, torció la cabeza y miró al vendedor ambulante con el otro ojo, tan transparente, brillante y claro como una gota de lluvia en el estío.

–Will –dijo el niño–, William Halloway.

El hombre de la tormenta se volvió.

–¿Y tú?

El segundo niño no se movió, se quedó boca abajo sobre la hierba del otoño, como preguntándose si inventaría o no un nombre. Tenía el pelo alborotado, espeso y de color lustroso, como de castaña encerada. Los ojos, clavados en algún distante lugar de sí mismo, eran de color verde menta y cristal de roca. Al fin se llevó a la boca indiferente una brizna seca.

–Jim Nightshade –dijo.

El vendedor de tormentas asintió como si ya lo supiera.

–Nightshade. Es todo un nombre.

–Y le va bien de veras –dijo Will Halloway–. Yo nací un minuto antes de medianoche, el treinta de octubre. Jim nació un minuto después de medianoche; treinta y uno de octubre.

–Víspera de Todos los Santos –dijo Jim.

Las voces se encadenaban, como si los niños hubiesen contado muchas veces esa historia de las madres que vivían en casas vecinas, habían corrido juntas al hospital, y habían traído dos hijos al mundo separados por unos pocos instantes; uno claro, uno oscuro. Había una verdadera tradición de celebraciones mutuas detrás. Todos los años Will encendía las velas de una única tarta, un minuto antes de medianoche, y Jim las apagaba soplando un minuto después, cuando empezaba el último día de octubre.

Todo esto, dijo Will, excitado. Todo esto mereció la aprobación de Jim, en silencio. Todo lo escuchó el vendedor, que venía corriendo delante de la tormenta, y se había detenido allí, titubeando, escuchando, mirándose las caras.

–Halloway. Nightshade. ¿Así que no hay dinero?

El hombre, deplorando tener tan buena conciencia, rebuscó en la maleta y extrajo un artefacto de hierro.

–Tomad, ¡gratis! ¿Por qué? Una de estas casas será golpeada por el rayo. Sin esta vara, ¡bum! Fuego y cenizas, carne chamuscada y brasas. ¡Ahí va!

El hombre soltó la vara. Jim no se movió. Pero Will alcanzó el hierro, y ahogó un grito.

–Caramba, ¡qué pesado! Y raro. Nunca vi un pararrayos parecido. ¡Mira, Jim!

Y Jim, al fin, se estiró como un gato, y volvió la cabeza. Abrió los ojos verdes, y los entornó.

El pararrayos parecía a la vez una media luna y una

media cruz. En la vara principal había pequeñas espirales, ondas y charnelas, y palabras en idiomas extraños, nombres que trababan la lengua y rompían las mandíbulas, numerales que daban sumas incomprensibles, pictogramas de insectos de púas y garras erizadas.

—Esto es egipcio. —Jim apuntó con la nariz a un bicho soldado al hierro—. Un escarabajo.

—¡Así es, muchachos!

Jim bizqueó:

—Y eso de ahí, patas de moscas fenicias.

—¡Exacto!

—¿Por qué? —preguntó Jim.

—¿Por qué? —dijo el hombre—. ¿Por qué egipcio, árabe, abisinio, choctaw? Bueno, ¿qué idioma habla el viento? ¿Qué nacionalidad tiene la tormenta? ¿De qué país vienen las lluvias? ¿De qué color es el rayo? ¿Adónde va el trueno cuando muere? Muchachos, hay que estar listos en todos los dialectos de cualquier forma y sustancia, listos para conjurar los fuegos de Santelmo, las bolas de luz azul que rondan la tierra y acechan como gatos, si-seando entre dientes. Yo tengo los únicos pararrayos del mundo que oyen, sienten, conocen y detienen cualquier tormenta, no importa el idioma, la voz, el signo. ¡No hay trueno forastero, por más estentóreo que sea, que no enmudezca en contacto con esta vara!

Pero Will miraba ahora más allá del hombre.

—¿En qué casa? —preguntó—. ¿En qué casa va a caer?

—¿En qué casa? Un momento, un momento. —El vendedor ambulante miró atentamente las caras de los niños—. Hay gentes que atraen el rayo. Lo aspiran, como esos gatos que aspiran el aliento de los bebés. Algunos tienen polaridades negativas, y otros, polaridades positivas. Algunos brillan en la oscuridad. Otros apagan todo alrededor. En fin..., los dos..., yo...

—¿Cómo sabe que el rayo caerá por aquí? —dijo Jim de pronto, con los ojos brillantes.

El vendedor titubeó apenas:

—Bueno, tengo nariz, ojos, oídos. Las dos casas, las maderas... ¡Escuchad!

Los niños escucharon. ¿Las casas se inclinaban de algún modo al viento frío de la tarde? Quizá sí. Quizá no.

—El trueno necesita cauces, como los ríos. Uno de estos altillos es un cauce seco, que languidece y espera al rayo. ¡Esta noche!

Jim se incorporó de un salto, feliz.

—¿Esta noche?

—¡No una tormenta cualquiera! —dijo el vendedor—. Lo asegura Tom Fury. Fury, ¿no es un buen nombre para un vendedor de pararrayos? ¿Y acaso lo elegí yo? ¡No! ¿El nombre me arrojó a este oficio? ¡Sí! Ya mayor, vi oscuros fuegos que saltaban por el mundo y perseguían a hombres aterrorizados, y pensé: trazaré mapas de tormentas y huracanes, y luego iré corriendo delante de ellos, llevando en los puños mis bastones de hierro, ¡mis armas milagrosas! He defendido, he protegido un millar de casas, sí, un millar de casas temerosas de Dios. De modo que cuando os digo, muchachos, estáis en grave peligro, oídmelo bien. ¡Trepad a ese techo, atornillad la vara, alta y firme, y bajad un cable a la buena tierra antes que sea de noche!

—Pero ¿en qué casa? —preguntó Will.

El vendedor de pararrayos retrocedió, se sonó la nariz en una pañoleta, y caminó lentamente por el césped como si se acercara a una silenciosa y enorme bomba de tiempo que estuviera encendida por allí cerca.

Tocó la baranda del porche en la casa de Will, pasó la mano por una viga y una tabla del piso, y cerró los

ojos y se apoyó en una pared oyendo cómo le hablaban los huesos de la casa.

Luego, inquieto, vacilando, fue hasta la casa de al lado.

Jim se enderezó para ver mejor.

El vendedor estiró una mano, tocando, acariciando, dejando que los dedos le temblaran sobre la vieja pintura.

–Esta es la casa –dijo al fin.

Jim pareció muy orgulloso.

–Jim Nightshade, ¿es esta tu casa? –preguntó el hombre sin volver la cabeza.

–Sí, es mi casa –contestó Jim.

–Tenía que haberlo sabido –dijo el hombre.

–Eh, ¿y yo? –dijo Will.

El vendedor de pararrayos husmeó de nuevo la casa de Will.

–No, no. Oh, algunas chispas en los desagües. La verdadera función será al lado, en casa de los Nightshade.

El hombre cruzó rápidamente el prado y tomó la maleta de cuero.

–Bueno, me voy. Llega la tormenta. No te demores, Jim, porque si no... ¡buuummm! Te encontrarán con todas tus monedas, todos los cobres y los níqueles fundidos y galvanizados. Abe Lincoln pegado a Miss Columbia, águilas desplumadas sobre plata, todo azogue en tus pantalones. ¡Más todavía! Le alzas el párpado a un chico tocado por el rayo, ¡y ahí está la última escena, en el globo del ojo, hermosa y perfecta, como un padrenuestro escrito en una cabeza de alfiler! Una foto de cámara de cajón: ¡el fuego del cielo que cae y te golpea, y te saca el alma succionándola escaleras arriba! ¡Rápido, muchacho! ¡Clávala bien alto o morirás antes del alba!

Y haciendo sonar la maleta repleta de varas de hierro, el vendedor dio media vuelta y se fue, a paso redoblado, entornando los ojos para mirar el cielo, los techos, los árboles. Finalmente cerró los ojos, y luego, apresurándose, husmeando, murmuró:

—Sí, sí, cuidado, ahí viene ya, la siento, lejos por ahora, pero de prisa...

Y el hombre de traje de color de tormenta se perdió en la calle, con el sombrero color de nube echado sobre los ojos; y los árboles susurraron y el cielo envejeció de pronto, y Jim y Will se quedaron allí probando el aire, tratando de oler la electricidad, con el pararrayos caído entre ellos.

—Jim —dijo Will—. No te quedes ahí. Tu casa, dijo. ¿Pondrás o no el pararrayos?

—No. —Jim sonrió—. ¿Por qué arruinarlo todo?

—¡Arruinarlo! ¿Estás loco? ¡Traeré la escalera! ¡Tú, el martillo, clavos y alambre!

Pero Jim no se movió. Will echó a correr. Volvió con la escalera.

—Jim, piensa en tu madre. ¿Quieres que se quemé? Will trepó solo por un costado de la casa, y miró hacia abajo. Lentamente, Jim se acercó a la escalera y empezó a subir.

El trueno sonó allá lejos, en las lomas nubosas.

El aire tenía un olor fresco y acre, sobre el techo de la casa de Jim Nightshade.

Hasta Jim tuvo que admitirlo.